

¿Quién y cómo ha hecho a Tenerife decir que no al Congreso de Filósofos Jóvenes? Ese pueblo, ese «buen pueblo» tinerfeño de María Rosa Alfonso, dice «no» a una cita cultural de primer orden y para sus aulas universitarias.

El proyecto de convocatoria del Congreso

ofrecía total garantía de éxito. Una Sección nueva, la de Filosofía; un Departamento con cantidad de profesores plétreos de vocación y entusiasmo, un jefe de Sección y Departamento, el doctor Javier Mugerza, de gran capacidad docente, primera figura profesional. Se ha-

bían solicitado las subvenciones para tan costosa empresa y se habían prometido. ¿Qué ha pasado?

Todo indica que los jóvenes filósofos, como los jóvenes artistas o los jóvenes abogados, no tienen suerte.

Puede ser Tenerife un lugar de privilegio don-

de se esté iniciando este segundo renacimiento. De alguna manera necesito salvar a Tenerife. La abajo firmante —como en las instancias— ha servido en la Universidad lagunera de puente a ras de tierra, de puente de tablas peñoratorias sobre incómodos socavones oficiales,

esas tablas destinadas a ser eliminadas —por más que a veces duren muchos años— y sustituidas por el verdadero puente, por el sólido ensamblaje que hace pasar al alumnado al otro lado de las inculturas, hacia los bienes supremos de la superestructura.

Estoy hablando del

«penenismo». Perdón por tan espantoso neologismo y permítanme recordar que P. N. N. es profesor no numerario. El «penenismo» sólo se puede soportar mediante un cariño obcecado, incurable, hacia la docencia, en este caso hacia la Universidad. Nuestra falta de «status»

UNA CARTA DE LEON FELIPE Y NOTICIA DE JUAN LARREA

Juan Larrea, el padre del surrealismo español, acudió a México para honrar a León Felipe. Juan Larrea tiene ahora setenta y nueve años, es decir, casi tantos como los que tiene su propia leyenda de poeta insólito. Iba, cuando hablé con él, con una carpeta blanda bajo el brazo. Traía en ella cartas de León Felipe. Le pedí una. Me leyó varias. Eligió la que publicamos más abajo.

Juan Larrea ha sido, en efecto, una leyenda durante demasiado tiempo. Hasta la edición italiana de Vittorio Bodini y, posteriormente, la española de Luis Felipe Vivanco en Barral («Versión celeste») no había sido recogida para el público su obra poética, escasa, definitiva y lejana (dejó de publicar —no se sabe si de hacer— poesía hace casi cuarenta años). Incluso los estudiosos tenían que atenerse a algunas referencias (Max Aub, por ejemplo, escribe: «Dicen que publicó aquí, en México, un libro en 1935. No lo he visto. Lo demás está en "Carmen" y en la Antología de Gerardo Diego»). El caso de Larrea ha sido singular. Nunca quiso entrar en eso que se llama la vida, los círculos literarios. Su conexión con los poetas del 27 se da a título amistoso, a través de los oficios de Gerardo Diego, que tradujo y publicó en «Carmen» poemas suyos. Poemas conside-

rados por Diego como «ultraístas», y que resultarían los poemas iniciales del surrealismo español, fenómeno tardíamente estudiado. Larrea, nacido en Bilbao, eligió el francés para la mayor parte de su creación poética y, por entender que la poesía es un asunto demasiado personal, se negó a producir de un modo regular para un mercado de lectores. Fue el primero, antes que Hinojosa, en contactar con el surrealismo francés, en 1924: «Conocí el surrealismo desde antes de los comienzos, si así puede decirse, pues había estado ya al tanto del dadaísmo. Menos a Breton, conocí personalmente a todos sus miembros destacados, a algunos muy de cerca (Elouard, Tzara, Peret, Aragon, Desnos, etcétera). Aproveché del movimiento aquellas tendencias que me eran afines, mas nunca me comprometí con él. Yo también anhela transferirme a otra realidad, mas en forma distinta».

En 1926, habiendo abandonado definitivamente su profesión de archivero, vuelve a París y funda, con César Vallejo, «Favorables París Poema». El exilio le lleva a México. Dirige «España peregrina», y en 1942 codirige «Cuadernos americanos». Ahora vive en Córdoba con un nieto de doce años, huérfano. Explica en la Universidad, donde ha fundado el «Aula Vallejo», una revista de

estudios vallejanos y el Instituto del Nuevo Mundo. En el museo de América, de Madrid, puede contemplarse una colección de antigüedades incaicas que reunió en Perú y donó luego al museo. ■ C. ALONSO DE LOS RIOS.

Juan, maestro, amigo, lazarillo... Luz: Aquí estoy otra vez... No me preguntes nada..., ¿dónde he estado?... ¿qué he hecho?... ¿por qué me fui? Todo ha ocurrido en función tuya y para tu beneficio. Por ti y para ti. Para que tú te movieras y hablaras ha ocurrido todo. Pienso que aquello que te estorbaba tenía que ocultarse y retirarse. Lo mismo yo que los demás. Nadie te ha abandona-

Juan Larrea, en México, durante el reciente homenaje a León Felipe.



do. Ahora lo veo claro. Después de leer «Razón de ser». Eras tú el que lo abandonabas todo. Te fuiste al desierto donde nadie podía ni debía seguirte. Cualquiera voz o presencia te hubiera distraído o robado soledad. Las cosas se hicieron para que te quedases solo con Luciane. Tenías que quedarte solo en el mundo para escribir ese libro. Luciane estaba hecha, se había formado a la medida de tu soledad, de tu desierto luminoso. Deja que crea en el milagro, en la mano de Dios tachándome del cuadro. Yo no debía estar allí. Yo andaba a oscuras, esperando a que tú encendieses la luz... tropezando en todos los muros, cayéndome por las escaleras y las trampas, escribiendo a veces versos desesperados y existencialistas. Ciego. Y sin fe. En comercio con los mercaderes y los publicanos. Yo mismo no he sido más que un publicano... un pobre y honrado publicano.

Pienso que ahora ya estás de vuelta otra vez. Rico en dádivas y con todas las promesas hechas vino y pan. Sólo he leído «Razón de ser». El libro no ha salido aún a la venta. Espera Silva Hergoz a que esté lista «La espada de la paloma» para dar los dos juntos a la luz —ojalá que sea a la luz—, según deseo tuyo, me ha dicho. Yo no sé cual debe ir primero, cual debe leerse primero...

Voy a decirte una cosa, antes de seguir, muy importante: Acaba de salir un libro de Octa-

vio Paz, «El arco y la lira». Es un gran libro que está teniendo mucho éxito y del que se va a hablar y a polemizar. Está escrito en un estilo brillante y poético pero no hace más que jugar con ideas que tú has dejado atrás y que a mí me son familiares por habértelas oído tanto y porque son el A B C de tu enseñanza. El se queda con Breton y los surrealistas. Tal vez te convenga leerlo. Te lo voy a mandar. Si Octavio no fuese tan vanidoso y egotista y no se hubiese puesto ya la corona de Rey... Le estorban todos. Y no será posible trabajar ni avanzar junto a él. Pero él ha visto ya las luces del alba. Como las vieron los surrealistas. Mas ninguno ha llegado donde tú. Nadie ha abierto las puertas que tú has abierto. Mi fe estaba esperándote. Ahora estoy contigo para siempre. No me dejes. Levántame. Dentro de tres días cumplo setenta y dos años y ahora más que nunca necesito de ti.

Esta carta, después de tantos días de silencio, no es más que la vuelta del hijo pródigo y la llamada en tu puerta para ver si me abres. El tiempo no existe. No hay días ni orden cronológico en los días. Y yo, a pesar de mis setenta y dos años, no soy más que un niño recién nacido junto a ti. Mirame siempre así. Te quiero.

Mi corazón para ti y para Luciane.

LEON

México, 9 de abril de 1956.